

El traje del emperador y otros cuentos clásicos

Silvia Schujer

Ilustraciones de Nancy Fiorini





www.loqueleo.santillana.com

© 2012, SILVIA SCHUJER
© 2012, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4661-7
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: NANCY FIORINI

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Schujer, Silvia Graciela

El traje del emperador y otros cuentos clásicos / Silvia Graciela Schujer ; ilustrado por Nancy Fiorini. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

160 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Morada)

ISBN 978-950-46-4661-7

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Fiorini, Nancy, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 3.500 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016, EN ARTES GRÁFICAS COLOR EFE, PASO 192, AVELLANEDA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

El traje del emperador y otros cuentos clásicos

Silvia Schujer

Ilustraciones de Nancy Fiorini

loquelego

El traje del emperador

Había una vez un pueblo. Un pueblo lleno de calles, plazas, casas, mercados, animalitos sueltos y gente. Sobre todo, gente. La gente del pueblo era alegre y fiestera. Mendigos, señoras, gordos, flacos, abuelos y bebés iban de aquí para allá a toda hora, inquietando las calles y llenándolas de color.

En el medio del poblado había un castillo. Un edificio enorme y lujoso donde vivían el emperador y sus sirvientes.

El emperador era un señor medio gordo y con cara de sapo que, ayudado por un ejército y algunos ministros,

trataba de gobernar el imperio: daba órdenes, mandaba que se hiciera todo lo que a él se le ocurría y castigaba a los que no le hacían caso.

Claro que este emperador no era del todo igual a los otros. Porque, a decir verdad, más que ocuparse de sus ejércitos, o de salir a pasear por los bosques, o de maltratar a los sirvientes, lo que este soberano más hacía era vestirse: probarse trajes nuevos y volverlos a colgar.

Tan lunático era el hombre con la ropa que, cuando algún ministro lo necesitaba para trabajar y no lo encontraba, tenía que buscarlo en el ropero.

Un día llegaron a ese pueblo dos extranjeros muy pícaros que decían ser tejedores. Pero no tejedores ordinarios, sino de lujo. Capaces de hilar las telas más extravagantes que jamás

se hubieran visto. Con tramas y dibujos de una belleza sin par.

—Con nuestras telas —aseguraban los tejedores— nosotros podemos confeccionar trajes espléndidos. Trajes que, además de ser preciosos, tienen otra gran propiedad: se vuelven invisibles para los tontos retontos y para aquellos que no saben gobernar.

“Deben ser trajes preciosos”, pensó el emperador. “Si los usara”, siguió pensando, “podría descubrir quiénes son los tontos retontos que me rodean en el palacio y no sirven ni para espiar. Sí, sí, sí”, se convenció, “voy a encargar a los extranjeros que me hagan uno de esos trajes mágicos”.

Y enseguida se reunió con ellos y les dio mucho dinero para que empezaran a trabajar.

Los falsos tejedores se acomodaron en una de las torres del palacio y

fingieron trabajar en sus telares. Los telares, claro, estaban absolutamente vacíos. Exigieron, sin embargo, que les trajeran las mejores sedas y el hilo de oro más fino de la comarca.

Cuando esto les fue otorgado, guardaron el hilo y la seda en sus bolsos y siguieron trabajando con los telares vacíos hasta muy tarde en la noche.

—¡Ay ay ay! —soñaba el emperador—. ¡Cómo estarán quedando las telas para mi traje!

Claro que no se animaba a averiguarlo por sí mismo. A ver si no veía nada y... Él no se creía un tonto retonto pero... mejor mandar a otro a investigar.

En el pueblo no se hablaba de otra cosa. Todos sabían lo mágicas que eran las telas que se hilaban en palacio y no veían el momento de



apreciarlas. Y de averiguar —de paso— quiénes eran los vecinos más retontos. Los que no podrían verlas ni con anteojos de sol.

“¡Ya sé!”, pensó el emperador. “Voy a enviar a mi ministro más viejo y honesto a visitar a los tejedores. Él es el más indicado para ver si el trabajo progresa. Porque es muy inteligente y nadie desempeña su puesto como él”.

De modo que el viejo ministro fue al taller donde los pícaros fingían y se quedó hecho una piedra.

—¡Madre mía! —susurró. Y los ojos se le abrieron como huevos fritos—. “¡Yo no veo nada!”, se dijo. “Pero prefirió callarse la boca y no decírselo a nadie”.

Los que se hacían llamar tejedores le rogaron al ministro que se acercara a ellos y le preguntaron:

—¿Qué le parece nuestra tela, Su Excelencia?

Al decírselo, señalaban el telar vacío y el pobre ministro no hacía más que abrir los ojos.

—¡Oh! Ajam ajem ajum... Es preciosa, una preciosidad —decía el viejo mirando la nada a través de sus anteojos—. Muy linda, muy delicada, muy qué sé yo. Se lo voy a contar al emperador.

—¡Cuánto nos alegra! —se burlaron los tejedores. Y se apuraron a inventar detalles del dibujo y de sus colores para que el ministro lo repitiese ante Su Majestad.

No pasó mucho tiempo y los estafadores volvieron a la carga: pidieron más seda y más hilos de oro para utilizarlos en el tejido. Cuando esto les fue concedido, guardaron todo

en sus bolsos y siguieron trabajando como antes.

Impaciente, el monarca decidió enviar a otro de sus buenos funcionarios para investigar cómo andaba su tela y cuánto tiempo faltaba para que el traje estuviera listo.

A este funcionario le pasó lo mismo que al ministro. Por más que miró, remiró y requetemiró, en los telares no vio nada.

“¡Recórcholis!”, murmuró. “Jamás pensé que era tonto. O que no supiera gobernar. Porque hilo, lo que se dice hilo, yo no veo ninguno. Tela, lo que se dice tela, tampoco. Y traje, lo que se dice traje, menos que menos. Mejor no decir la verdad”, pensó.

—Precioso tejido, ¿no? —le preguntaron los estafadores. Y le mostraron y explicaron con todo detalle el dibujo de una tela que jamás había existido.

—¡Oh, sí! La trama es maravillosa —contó el funcionario al emperador—. ¡Soberbia!

Y así pasaron los días.

En la ciudad no se hablaba de otra cosa. Que la trama de aquí, que la tela de allá. Que los colores de aquí, que los dibujos de allá... Hasta que el mismísimo emperador quiso ver la obra con sus propios ojos.

Rodeado de cortesanos distinguidos, entre los que figuraban sus dos viejos y más fieles funcionarios, el emperador fue a la torre donde estaban los tejedores y se detuvo ante ellos.

—¡Majestad! —se apuraron los funcionarios—. ¿No crees que la tela es hermosa? ¿No crees que los dibujos son perfectos y los colores espléndidos? —insistieron mientras señalaban el telar.

“¿De qué hablan?!” , pensó el emperador. “¿Yo no veo nada! ¿Qué horror! ¿Seré tonto o no mereceré gobernar? ¿Es lo peor que podía pasarme!”.

Claro que, para que no lo descubrieran...

—¡Bellísima! —dijo en voz alta el emperador—. Es para el gusto de un rey —mintió. Y miró el telar pelado sin decir palabra de que no veía ni un botón.

Todo el séquito real miraba, remiraba y réquetemiraba los telares y veía lo mismo que los otros: el vacío, el aire, la más pura nada. Pero, por miedo a que los tomaran por tontos, lo único que hacían era repetir lo que decía el soberano.

—¡Espléndida! —gritaban a coro—. ¡Magnífica! —vociferaban. Y algunos le aconsejaron al emperador